

JULIO ZARATE

Nació en Jalapa, Ver., el 12 de abril de 1844. Murió en San Angel, México, D. F., el 18 de noviembre de 1917.

Es autor de: *Acamapixtli*; *Axayácatl*; *Don Luis de Velasco*; *Don José María Morelos*; *Compendio de Historia de México* (1884); *Elementos de Historia General* (1894); y el III Tomo de *México a través de los siglos*; *Los Estados de la Federación Mexicana*; *Monografía del Estado de Veracruz* (1897); *Catecismo geográfico del Estado de Puebla* (1878); *El sitio de Cuautla* (2a. ed. 1962); abogado, historiador, periodista de tendencia liberal y republicana. Combatió al Imperio desde *El Eco del País*. Al triunfo de la República fue Diputado, Senador, Magistrado de la Suprema Corte, Ministro de Relaciones Exteriores, puestos que desempeñó con honradez y eficacia.

Acerca de su vida y obra véanse: la *Enciclopedia biográfica de contemporáneos...* de José F. Godoy; Frederick Starr, *Readings from modern mexican authors*, Chicago, The Open Court Publishing Co. 1904; y el *Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores*, 53 v. México. Imp. del Gobierno, 1895-1929, XXXV. En nuestros días Arturo Romero Cervantes, "Julio Zárate", *BBSHCP*, No. 251, 15 julio 1962, p. 10.

Fuente: Julio Zárate. *La Independencia*, en Riva Palacio, Vicente et al. *México a través de los siglos*, 5 v., v. III, México, Ballezá y Cía. Editores, 1884-1892. III-75-77.

LA CONSPIRACION DE VALLADOLID

Entretanto que la desunión se envenenaba más y más entre los decididos sostenedores de la dominación española y el representante de la regia autoridad, el partido contrario tramaba una conspiración en Valladolid, capital de la provincia de Michoacán. Con motivo de la disolución del acantonamiento de Jalapa, habían vuelto a aquella ciudad dos regimientos provinciales, uno de infantería y el otro de caballería, formados en el mismo Michoacán. Era capitán del primero don José María García Obeso, y éste y algunos de sus compañeros, oficiales de ambos regimientos, hablaban con frecuencia de los asuntos políticos, materia preferente de las conversaciones desde hacía un año. Llegó a la sazón a Valladolid (septiembre de 1809) el teniente del regimiento de la Corona don José Mariano Michelena, natu-

ral de aquella ciudad. y que llevaba la misión de engancha gente para el cuerpo a que pertenecía; y no tardó en unirse estrechamente con sus compañeros García Obeso y los otros oficiales amigos de éste; pero más impetuoso y resuelto que ellos formó un plan de conspiración, tomando en ella participo, además de los nombrados ya, el licenciado don Manuel Ruiz de Chávez, cura de Huango; fray Vicente de Santa María, religioso franciscano; el comandante don Mariano Quevedo, el licenciado don José Nicolás Michelena, hermano del militar del mismo nombre, y el licenciado Soto Saldaña.

¿Cuáles fueron los trabajos que emprendieron y el fin que se proponían alcanzar estos conspiradores? El mismo Michelena, alma de la conjuración, los ha consignado en su relato que escribió algunos años después: "Estas personas, las que arriba se han citado, y yo nos fijamos en la conveniencia de excitar a nuestros relacionados, que eran de confianza, para que nos reuniéramos y acordáramos lo conveniente a nuestro objeto y seguridad, y que se les propusiera uniformar la opinión en estos dos puntos: lo que sucumbiendo España, podríamos nosotros resistir conservando este país para Fernando VII; que si por este motivo quisiesen perseguirnos, debíamos sostenernos, y que para acordar los medios mandasen sus comisionados.

"En consecuencia, mandamos a diversos puntos al licenciado don José María Izazaga, a don Francisco Chávez, a don Rafael Solchaga y a mi dependiente don Lorenzo Carrillo. Yo fui a Pátzcuaro y luego a Querétaro para hablar con Allende, mi antiguo amigo, al que cité para aquel punto; como resultado de estas diligencias vinieron don Luis Correa, comisionado por Zitácuaro, y don José María Abarca, capitán de las milicias de Uruapan, por Pátzcuaro, y aunque Abasolo fue comisionado por San Miguel no vino, pero escribió que él y Allende estaban corrientes en todo, que vendría después uno de ellos y que estaban ya seguros del buen éxito en su territorio. . .

"Continuamos nuestras reuniones y trabajos hasta mediados de diciembre, en que vinieron nuestros comisionados Correa y Abarca con más circunspección de la que podía esperarse de nuestra inexperiencia, pero no tanta que los españoles no se apercibieran de ello. *Un criollo, que aunque nos trataba continuamente entonces, con justicia nos era sospechoso, y después sirvió decisivamente a la independencia, nos hizo gran daño,* y el padre Santa María, que era muy exaltado, picándolo los europeos se explicó fuertemente sobre la independencia; de todo lo cual, por las sospechas que había contra nosotros y por

lo que decía *nuestro citado paisano*, se dio parte al gobierno, el que mandó reducir a prisión a Santa María y que se formase averiguación contra nosotros.”

Los conspiradores contaban para realizar su proyecto con los capitanes de las compañías de Valladolid, Mier y Muñiz; con los piquetes que mandaban Michelena y Quevedo y con los indios de los pueblos inmediatos, cuyos gobernadores mantenían comunicación con García Obeso. Resolvióse en aquellas juntas que este último ejerciese la autoridad militar y la política, y que Michelena, al frente de los dos regimientos provinciales, invadiría la vecina provincia de Guanajuato, propagando en ella el movimiento revolucionario y ofreciendo a los indios la exención del pago del tributo, por cuyo medio se prometían los conjurados allegar en breve tiempo un crecido número de partidarios. La revolución debía estallar en Valladolid el 21 de diciembre empezando por sorprender al asesor don José Alonso de Terán, que ejercía en aquellos momentos las funciones de intendente, y al comandante de las armas Lejarza.

El primero de estos funcionarios, ya fuera por las causas que ha consignado Michelena en su relato, ya por alguna denuncia que le hiciese alguno de los mismos conjurados, mandó reducir a prisión, en la mañana del 21 de diciembre, al padre Santa María, quien fue conducido al convento del Carmen. Los demás conspiradores, al saber este suceso, se reunieron para acordar algunas medidas, siendo las principales procurar establecer comunicaciones con el preso o intentar libertarle en el caso de que lo hicieran salir para México, avisar lo ocurrido a los gobernadores de los pueblos y reunir todos los destacamentos de que creían disponer. Entretanto Correa, uno de los conjurados, se presentaba a Terán y delataba a todos sus correligionarios, de los cuales unos fueron llamados a la casa de Lejarza y reducidos a prisión y otros aprehendidos en sus habitaciones respectivas. El licenciado Soto Saldaña, que en los primeros momentos intentó, sin éxito alguno, un levantamiento popular, y otros dos conspiradores, pudieron librarse de la prisión, apelando a la fuga y ocultándose en seguida.

“Nuestra conducta durante la causa fue muy buena, dice Michelena en la relación que ya hemos citado, de modo que sólo se pudo probar que excitamos la opinión y que queríamos poner los medios para que sucumbiendo España, este país no siguiese la misma suerte; lo cual, manejado por mi primo el doctor Labarrieta y otros amigos hábiles, le dio un aspecto tal, que, aunque bien se percibían los resultados, no podía en

aquellas circunstancias llamárenos criminales, por lo cual el arzobispo virrey Lizana mandó en enero (1810) cortar la causa, disponiendo que García Obeso pasase a San Luis, mi hermano a México y yo a Jalapa. Los demás compañeros quedaron en libertad y continuaron en sus trabajos, ya con mayor experiencia, hasta que fueron denunciados en Querétaro, donde estuvo a punto de ser víctima el benemérito corregidor don Miguel Domínguez, y habiéndose tenido la noticia en San Miguel, Hidalgo, Allende y sus compañeros se pusieron en defensa y comenzaron la guerra con el regimiento de que era capitán el segundo, y como todo estaba muy preparado se reunió desde luego cuanto tocaron.

“De nuestras relaciones de entonces, casi todos murieron en la empresa, sólo vimos la independencia don Antonio Cumplido, don Antonio Castro, don José María Izazaga, don José María Abarca, don Lorenzo Castillo, yo y no sé si algún otro. Han muerto después Abarca y Castillo.”

Tal fue la conspiración de Valladolid, que si bien no tuvo resultados inmediatos preparó la que debía estallar en el curso del siguiente año, y aleccionó a varios de los que en esta última tuvieron activo y muy importante participio.

En el estado crítico en que se hallaban colocados el arzobispo virrey y el partido español, recelándose reciprocamente y ahondando más sus antiguas rencillas, la conjuración de Valladolid, que a nadie podía engañar con su pretexto aparente de congregar una junta que gobernase en nombre de Fernando, fue motivo para que aquéllos volviesen a chocar rudamente. Convenía a los españoles aumentar la importancia de la conjuración, y en efecto, apenas descubierta, hicieron correr los más exagerados rumores; en cambio, el virrey, cuya energía hemos visto desplegarse en daño del folletista Cancelada, no apareció alarmado ni consideró de gran magnitud el abortado complot de Valladolid. Ya se ha dicho también que a poco de ser descubierta la conspiración mandó sobreseer en la causa que se formó a casi todos los complicados en ella, y no conforme con esto, en una proclama que dio el 29 de enero de 1810 exhortando a la unión entre criollos y españoles, decía: “Yo lo publico y declaro con suma complacencia: en el tiempo de mi gobierno en este virreinato, ni en la capital, *ni en Valladolid*, ni en Querétaro, ni en otro pueblo en que ha habido unos leves acontecimientos y rumores de desavenencias privadas, he encontrado el carácter de magnitud que los poco instruidos han querido darles, pues ellos no han nacido de otro origen, que de la mala

inteligencia de algunas opiniones relativas al éxito de los sucesos de España, o de falsas imposturas, en que se ha desahogado el resentimiento personal, y en esta inteligencia he procedido y procederé en semejantes particulares acontecimientos, en cuanto baste a acrisolar la conducta de los inocentes y a corregir las equivocaciones y ligerezas de los otros, y pues vuestro virrey está tranquilo, vivid vosotros también seguros." De esta suerte, el gobernante supremo de la colonia reducía la reciente conspiración a proporciones exiguas, desmentía las exageraciones del partido español, y sin quererlo, de seguro, alentaba a los conspiradores, pues veían que sus proyectos estaban de antemano juzgados con gran benignidad por el arzobispo virrey.